

JOHNNY DAYS

RENÉ VÁZQUEZ DÍAZ

Una noche nos des-pertaron con mucho apremio: en la cárcel del vecino pueblo de Remedios habían apaleado horribilmente a mi tío, de modo que hubo que trasladarlo de urgencia al hospital provincial de Santa Clara. "Para operarlo", nos informaron. Ningún otro hermano hubiera hecho nada por él; pero su hermana menor, mi madre, tomó un taxi a toda prisa para asistirlo en aquellos duros momentos.

Yo tendría unos 12 años y recuerdo la angustia de mi madre junto al desprecio de mi padre por el descalabrado: "Ese maricón".

El aspecto de mi tío era aterrador. Otro presidiario lo había golpeado con un fierro en una reyerta sangrienta. En plena cara. Era un ajuste de cuentas entre maricones y supimos que el enemigo estaba en otro pabellón, igualmente magullado.

Mi tío se llamaba Juan Díaz. Homosexual *de nacimiento*. "A mucha honra", decía. En la Cuba prerrevolucionaria, tras abandonar el pueblo siendo muy jovencito después de una paliza *curativa* que le diera mi abuelo, había sido cabaretera en los clubes nocturnos de La Habana. Juan Díaz tenía un picante show de variedades en el que, para agradar a la clientela, había norteamericanizado su nombre: en vez de Juan Díaz se hacía llamar Johnny Days. Meneaba el culo al son de rumbas y cantaba habaneras, disfrazada de quinceañera depravada.

En lo más alto de su apogeo estaba Johnny Days cuando llegó Fidel y mandó parar. Se acabaron los burdeles, cerraron casinos y clubes de perdición y Johnny volvió a ser Juan.

Se dedicó entonces a la delincuencia, con el mismo salero de siempre. Entraba y salía de las cárceles como Pedro por su casa. Un día se lo llevaron a la UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción, o campos de concentración para homosexuales), y él tan campante, cortando caña con su movimiento en un "enjambre de locas rurales". Después el gobierno rectificó, disolvió la vergonzosa UMAP y Juan declaró que nunca había sido más feliz que en aquellos campos mariconeriles de trabajo forzado.

La que sí sufría era mi madre, su protectora y paño de lágrimas.

A Juan lo operaron muchas veces (gracias a la excepcional salud pública de una revolución que él aborrecía) para recomponerle la nariz y un pómulo.

En 1980 estaba Juan, como siempre, en la cárcel, cuando unos oficiales lo llamaron para decirle que ahora tenía la oportunidad de su vida: podía irse del país por el puerto de Mariel y vivir libremente, en Estados Unidos, su vida de crápula asquerosa.

Mi tío Juan se encabronó: "De eso nada -vociferó-, yo soy maricón y ratero, criminal y lo que sea. ¡Pero soy cubano, coño, y aquí me quedo!". No hubo manera de convencerlo. El oneroso patriotismo de Juan disgustó mucho a las autoridades. Pero el diablo son las cosas. El amor de mi tío, otro presidiario, sí decidió irse. Y se fue. Y en el otro barco se fue también Juan Díaz.

Entonces, bajo los neones pastel de Miami Beach, renació Johnny Days.

Como ya la edad no le daba para paripés artísticos, se puso a vender droga y una noche se enredó a piñazos con un adversario, dejándolo noqueado en el piso de una discoteca. Johnny Days, con un gesto altivo, le dio la espalda mientras el tipo sacaba una pistola y le volaba un pulmón.

"En este país no existe la moral", me dijo hace poco en su cuartico de Miami Beach, achacoso pero contento y en compañía de su amor, un señor sesentón de grandes ojos tristesísimos: "¡Maricones!", gritó con rabia: "En Cuba se pasa hambre y no hay libertad. Pero carajo, allí ni las locas agreden a nadie por la espalda"